

LA PSICOLOGÍA DE LA TERRITORIALIDAD EN LOS CONFLICTOS

Thomas Jordan
Universidad de Gothenburg

RESUMEN

Este artículo presenta una aproximación al análisis de los orígenes psicológicos de la conducta territorial destructiva, como la limpieza étnica y la expansión territorial. La territorialidad se interpreta como un medio de consolidar el sentido de una identidad coherente, especialmente en las situaciones caóticas y de peligro. Se introducen los conceptos de territorialidad *benigna* y *maligna*. Se defiende que la territorialidad puede jugar un papel constructivo en los procesos de resolución de conflictos, al proporcionar *espacios seguros* para las partes del conflicto. Por último, se sugieren cinco cuestiones para la investigación futura.

ABSTRACT

This essay presents an approach for analysing the psychological roots of destructive territorial behaviour, such as ethnic cleansing and territorial expansionism. Territoriality is interpreted as a means for stabilizing the sense of a coherent identity, especially in chaotic and threatening situations. The concepts of *benign* and *malign* territoriality are introduced, and it is argued that territoriality may play a constructive role in conflict resolution processes by providing *safe spaces* to conflict parties. Finally, I suggest five issues for further research.

Los cambios geopolíticos recientes en la anterior Unión de Soviética y en los Balcanes ha reintroducido completamente el tema de la territorialidad humana en la conciencia de los europeos. Algunas formaciones de estados se han desintegrado debido a que diversos tipos de movimientos han intentado establecer estados étnicamente más homogéneos. En casos donde estos procesos han llevado a la guerra civil, hemos presenciado un amplio rango de formas horribles de territorialidad: reasentamientos forzosos, limpieza étnica, expansionismo territorial, separatismo militante, imágenes estereotipadas del enemigo, y el establecimiento de nuevas fronteras, rigurosamente controladas. Los períodos de estabilidad geopolítica en Europa desde la II Guerra Mundial hasta finales de 1980 alimentaron el sentimiento de que la integración pacífica había reemplazado definitivamente a los conflictos violentos territoriales de los anteriores períodos. Desgracia-

damente, formas malignas de territorialidad son aún fenómenos centrales en los conflictos internacionales contemporáneos y étnicos; por eso necesitamos un buen análisis teórico sobre el papel de la territorialidad en los conflictos violentos.

La territorialidad puede ser estudiada desde diferentes perspectivas. En las ciencias sociales, normalmente la territorialidad se ve como un asunto político, es decir, como una estrategia para ejercer el control sobre los recursos y las personas (Sack, 1986). Desde esta perspectiva, la unidad básica de análisis es el estado, el análisis pocas veces sobrepasa el nivel institucional. En geografía política el establecimiento y las transformaciones del sistema de estados territoriales se ve como formas de resolver los problemas en un nivel superior, de ahí el uso del concepto como regulación de intereses de clase, regulación de sistemas económicos e ideologías (ver Taylor, 1989). Este enfoque es adecuado para el análisis de la estructura y la dinámica del sistema internacional de estados. Sin embargo, es menos apropiado para explicar la conducta territorial en el nivel individual, por ejemplo, porqué los hombres servios (o croatas) se arman para matar o expulsar a sus vecinos croatas (o servios) de la misma ciudad. Este trabajo presenta un marco teórico para analizar los motivos que llevan a los individuos a defender la conducta colectiva territorial en las situaciones de conflicto. Así pues, analizaremos los orígenes fundamentales de la territorialidad en el ser humano.

Algunos especialistas, especialmente los que provienen de la etología, señalan que existe un patrón de conductas heredado genéticamente que nos incita a delimitar, marcar y defender los territorios (Malmberg, 1980). La conducta territorial de los animales es un tema muy estudiado¹. Aunque pocos especialistas apoyan la noción de un impulso en los hombres, genéticamente heredado, de establecer territorios, sin embargo se acepta ampliamente la noción de la territorialidad como un "programa conductual" genéticamente heredado, que es activado por un conjunto específico de circunstancias (Bailey, 1987). Otro enfoque de la territorialidad es ver los territorios como expresión de la naturaleza social de los hombres. Como seres conscientes estamos formados por estructuras lingüísticas, vivimos dentro del lenguaje. Somos seres humanos por medio de nuestra participación en sistemas sociales basados en la acción comunicativa (Habermas, 1981). Desde esta perspectiva, los territorios son manifestaciones espaciales de sistemas de significación compartidos (Weichhart, 1990). Tanto la perspectiva biológica como la sociológica han realizado aportaciones valiosas sobre la naturaleza de la territorialidad. Sin embargo, creo que el análisis motivacional de la conducta territorial se puede conseguir mucho mejor

desde una perspectiva psicológica. Presentaré en las siguientes páginas un enfoque del análisis de la territorialidad en los conflictos a partir del concepto de identidad psicológica. Por tanto, interpretaremos la territorialidad como parte de la defensa de las identidades individuales y colectivas.

Una interpretación psicológica de la territorialidad en conflictos puede contribuir a la comprensión de la motivación de las partes implicadas en los conflictos intensos. El análisis del papel psicológico de la territorialidad puede ayudar a desarrollar una visión de las diferentes estrategias y reivindicaciones territoriales y, por tanto, puede contribuir a una comunicación efectiva en las mediaciones y las negociaciones. Una conclusión de este análisis es que realmente la territorialidad puede jugar un papel constructivo en un proceso de evolución social, que conduzca a una habilidad cada vez mayor para mantener las relaciones de paz en una sociedad mundial diferenciada culturalmente.

Este ensayo comprende seis partes. A esta introducción le sigue un apartado donde se describen algunos rasgos característicos de los enfoques psicológicos y algunos conceptos fundamentales para su posterior discusión. En las tres partes siguientes se analiza la relación de la territorialidad con tres aspectos diferentes de la formación y consolidación de la identidad. Por último, se resumen algunas conclusiones y sugerencias para futuras investigaciones².

Perspectivas y conceptos básicos

Psicología como ciencia social

En el mundo académico, la psicología se conoce principalmente como una ciencia conductual en el sentido estricto, es decir como el estudio de la conducta de los organismos. La psicología de orientación hermenéutica (psicoanálisis, psicología analítica, teoría de las relaciones de objeto, etc.) no han logrado alcanzar el status de una disciplina científica dentro de la comunidad académica más positivista, debido a las dificultades para cumplir con los requisitos de objetividad, repetición y cuantificación. Estas dificultades están relacionadas directamente con su foco en los aspectos subjetivos. La psicología hermenéutica no se centra en la conducta sino en las emociones, fantasías, impulsos y cogniciones que vivifican el mundo interno del individuo. En la medida que estos aspectos de la vida interna son inconscientes, sólo se pueden descubrir desde una perspectiva interpretativa. A pesar de su rigurosidad, el behaviorismo no es muy adecuado para analizar la cuestiones que implican la motivación y la significación de los individuos, particularmente si se acepta que los componentes subconscientes y emocionales juegan un papel central. El enfoque utilizado aquí se de-

riva de la síntesis de la psicología de orientación psicoanalítica (Freud y sucesores) y la psicología del desarrollo cognitivo (Piaget y sucesores) que se ha elaborado en las dos últimas décadas. El desarrollo humano es un tema central en este campo de la psicología y utiliza conceptos como *desarrollo del yo* o *evolución de estructuras conscientes*. Algunos especialistas han elaborado modelos que describen las etapas claramente definidas del desarrollo psicológico, que van desde la estructura consciente indiferenciada del niño a los niveles de madurez cognitiva y emocional a los que pocos adultos llegan (Wilber, 1980; Loevinger, 1976; Kegan, 1982)³. La gran contribución del psicoanálisis es el descubrimiento del subconsciente y el papel de las emociones en la motivación humana. La contribución de Piaget consiste en el análisis detallado de las etapas del desarrollo cognitivo.

Puesto que las aproximaciones fenomenológicas a las cuestiones de investigación y la formulación de conceptos son poco familiares entre los científicos sociales, será útil señalar algunas implicaciones de adoptar la perspectiva fenomenológica en el contexto presente. Para mayor comodidad, me referiré a la psicología orientada hermenéuticamente (aquella psicología en la que el subconsciente es un concepto central) como *psicología profunda*, diferenciándola así de la psicología conductual. El objeto de análisis más importante en la psicología profunda es la experiencia subjetiva, antes que una realidad material externa que se pueda observar, medir y analizar por un observador neutro. La psicología profunda presta mucha atención a cómo los individuos manejan sus propias emociones. Por ejemplo, si una persona llega a verse envuelta en un conflicto, su conducta no depende solo de las conclusiones de un análisis racional de la situación y de los intereses implicados, sino también de la forma en que maneje las emociones de frustración, miedo, ira, confusión, etc. que aparecen en la situación de conflicto. Un análisis detallado de esta dimensión de las estructuras motivacionales humanas puede ser una importante contribución de la psicología profunda a las ciencias sociales.

En la psicología profunda, los conceptos utilizados en los análisis de los procesos sociales están definidos de forma consistente desde una perspectiva subjetiva. El concepto de *identidad* es un buen ejemplo de esto. Desde la perspectiva de la psicología profunda, el aspecto más importante de la identidad es el sentimiento de identidad, la experiencia subjetiva de quién es uno y cómo reacciona, más que un conjunto de rasgos *objetivos* (como el sexo, lenguaje materno, color de la piel, creencias religiosas). La perspectiva interna ofrece más posibilidades en la comprensión de la motivación del individuo que la perspectiva externa. En consecuencia en la *psicología profunda*, la territorialidad se describe también desde la subjetividad.⁴ En este

trabajo, el concepto de territorialidad se define como el deseo de un sujeto (individuo o grupo) de marcar un territorio dentro del cual el sujeto cree que tiene un derecho legítimo para definir reglas, por ejemplo, de acceso y utilización del mismo (*este territorio es mio/nuestro*). El territorio se asocia normalmente a un sentimiento de familiaridad, afecto y seguridad. El individuo se puede identificar con un territorio en el sentido de que la asociación con un territorio particular (barrio, ciudad, país) se vive como un aspecto central de la propia definición del individuo.

Los territorios son básicamente construcciones cognitivas. En el mundo físico solamente son percibidos por medio de las señales utilizadas por los pueblos para delimitarlos e identificarlos. El carácter subjetivo de los territorios es evidente desde el hecho de que el significado atribuido una unidad territorial específica varía enormemente cuando los individuos se mueven de un contexto a otro. Una identidad regional con una significación irrelevante en la vida diaria puede llegar a estar fuertemente cargada de significados y emociones en un conflicto armado repentino.

Las teorías de las ciencias sociales normalmente presuponen que las personas actúan racionalmente para alcanzar ciertos objetivos conscientes. En las explicaciones de los procesos históricos y los fenómenos sociales existe, implícita o explícitamente, un concepto simplificado de la naturaleza básica del hombre. Los seres humanos maximizan la *utilidad* (el hombre económico), el placer, o el poder, o buscan la seguridad, la justicia, la igualdad, la armonía o la comunión social. Estos conceptos son instrumentos muy pobres a la hora de estudiar los procesos de los conflictos. La psicología profunda ofrece dos ideas en este contexto: primero, la conducta de las personas a veces no se puede explicar en términos de conducta racional en el logro de objetivos conscientes y segundo, la motivación humana es un fenómeno dinámico que cambia en función del contexto del mundo vital y del desarrollo de los individuos y las culturas (Habermas, 1976; Wilber, 1981).

Los intentos de realizar interpretaciones psicológicas de los fenómenos sociales son con frecuencia criticados por transferir ingenuamente los análisis psicológicos de los individuos a las colectividades, como si las colectividades (por ejemplo, los estados o las organizaciones políticas) y los individuos fueran organismos análogos. Naturalmente, la acción colectiva ni puede ser explicada por simple analogía a los individuos, ni reduciéndola a las estructuras psicológicas de los miembros individuales de la colectividad. No obstante, sería igualmente erróneo mantener que la psicología de los individuos es irrelevante para el análisis de los fenómenos sociales⁵. En lo que sigue, analizaremos la relación entre el individuo y la sociedad desde

cuatro perspectivas. En primer lugar, describiremos la forma en que los individuos manejan psicológicamente sus dilemas evolutivos que influyen en sus actitudes hacia la territorialidad y otros fenómenos políticos (interno → externo). En segundo lugar, veremos la forma en que las estructuras sociales y culturales (como territorios, fronteras, símbolos, enemigos arquetípicos) sirven de apoyo a las estructuras psicológicas de los individuos. Esta perspectiva funcionalista presupone que un factor importante en el desarrollo social y cultural es la necesidad de proporcionar medios de estabilización de las estructuras psicológicas de los individuos. En tercer lugar, veremos la influencia que tienen los acontecimientos del entorno, especialmente en las situaciones de conflicto, en la organización psicológica del individuo, conduciendo a cambios en las estructuras cognitiva y motivacional (externo→ interno). Por último describiremos los esfuerzos colectivos de los miembros del grupo para formar y propagar una identidad colectiva satisfactoria.

Sobre la identidad

El aspecto psicológico de la territorialidad está estrechamente relacionada con la necesidad humana de mantener una identidad estable. Desde una perspectiva fenomenológica, para el individuo preservar su identidad es tan importante como lo es el conservar la vida en un sentido biológico. En algunas circunstancias, incluso puede ser más importante conservar la identidad que la supervivencia física, tristemente ilustrado por aquellos que eligen el suicido para hacer frente a una crisis grave de identidad. La defensa de una identidad coherente es por tanto un aspecto central de la motivación de cada persona y, en consecuencia, una variable importante para comprender la acción social.

Para plantear la relación entre la territorialidad y la identidad utilizaré un marco teórico simplificado del desarrollo psicológico derivado principalmente de mi lectura de los trabajos de Ken Wilber (Wilber, 1979; 1980; 1981; 1991; 1995; Wilber, Engler, Brown, 1986)⁶. En este marco teórico el sistema de identidad se entiende desde tres puntos de vista diferentes: a) la formación de un sistema de identidad; b) el fortalecimiento de la identidad cuando es amenazada por las contradicciones internas y c) la defensa del sistema de identidad frente a amenazas externas.

Estos tres aspectos y su relevancia para una comprensión de la territorialidad en los conflictos, serán el punto de partida para la problemática que trataremos en los siguientes apartados. Sin embargo, antes de entrar en ellos, será preciso realizar una formulación más precisa del concepto de *identidad*.

Desde una perspectiva fenomenológica, la identidad implica la experiencia de un *interior* y un *exterior*, separados por una frontera más o menos clara (Wilber, 1979). Para el individuo, el *yo sienta* se vincula al interior, mientras que el *no-yo* se asocia al exterior. Según los principios básicos de la teoría general de sistemas, los sistemas de identidad se pueden tratar en los mismos términos que otros sistemas abiertos. Un sistema abierto constituye una unidad distinta respecto al ambiente, con una estructura interna compuesta de partes que se relacionan entre sí de forma sistemática. El sistema abierto interactúa con el ambiente a través del intercambio de información y de acontecimientos. El sistema de identidad tiene que ser capaz de reproducir su estructura, defender sus fronteras, mantener su equilibrio y adaptarse a los cambios del ambiente.

Un rasgo central de la experiencia de identidad es el sentimiento de una continuidad existencial. El *yo sienta* está unido y depende de la experiencia de ser una *totalidad* distinta con una continuidad en el tiempo y unas fronteras respecto al ambiente. En otras palabras, una identidad separada. Si este sentimiento del ser como totalidad distinta y continua se rompe, el individuo normalmente experimenta una fuerte ansiedad (aunque no exista un peligro inmediato para la supervivencia física) porque el fuerte sentimiento de existencia está amenazado⁷. Desde una perspectiva vivencial, la pérdida del sentimiento de poseer una identidad coherente es equiparada a la muerte.

Todos los sistemas de identidad humana (tanto individuales como colectivos) tienen un aspecto constitucional y subjetivo. El aspecto constitucional de la identidad de los individuos es lo que normalmente llamamos personalidad, es decir, un conjunto de características más o menos permanentes, tales como patrones típicos de reacciones emocionales, patrones conductuales, patrones de comunicación y matices característicos de las necesidades individuales. Las partes de la identidad constitucional son compartidas con otros miembros de la misma colectividad, por ejemplo, el lenguaje. Los aspectos constitucionales de la identidad individual cambian muy lentamente. Los aspectos subjetivos de la identidad son vividos a través de la auto-imagen. Los individuos construyen una imagen de su propia identidad en términos de características, status, destino, etc. La identidad constitucional constituye un punto de partida para construir la propia imagen, pero dista mucho ser sinónimo de la auto-imagen, puesto que ésta es muy selectiva y a veces incorpora elementos con poca validez. La identidad subjetiva (auto-imagen) puede cambiar más rápidamente que la identidad constitucional. Sin embargo, el individuo normalmente reacciona a los cambios de su propia imagen, porque amenazan el sentimiento familiar que tiene de sí mismo.

Ambos aspectos de la identidad son parcialmente creados por identificación. Cuando un individuo se identifica con la familia, un grupo étnico, o un país se produce una *in-definición*. Esto implica que el individuo interioriza los (supuestos) rasgos del objeto de identificación y los hace suyos. La identificación con un grupo también implica que el individuo reacciona a lo que le ocurre al grupo como si le ocurriera a él personalmente. Si alguien crítica duramente al grupo, la persona reacciona con dolor y rabia, aún cuando la crítica no se dirija a él personalmente. Las cosas buenas del grupo le producen orgullo, mientras que las malas le producen vergüenza. Esta mezcla de la identidad individual y colectiva implica que el individuo con frecuencia confunde, sin darse cuenta de ello, el mundo interno de las emociones y significados personales con el mundo externo. Esto puede llevar, por ejemplo, a una persona que vive (subconscientemente) con ansiedad su propia habilidad para defender su integridad a vivir esta cuestión como un problema de la habilidad de la colectividad (por ejemplo, su país) para defender sus fronteras frente a las amenazas externas. Lo veremos más adelante.

Las colectividades (como los grupos étnicos, sub-culturas, naciones, movimientos políticos) también tienen una identidad constitucional y subjetiva. Una parte importante de la identidad constitucional de una colectividad es el sistema compartido de símbolos y significados que hace posible la comunicación (lenguaje, metáforas, gestos, signos, etc.). Otros elementos de la identidad colectiva constitucional menos visibles pero igualmente importantes son los patrones compartidos conductuales y de reacciones emocionales, normas, valores y estilos de comunicación. Estos elementos, asimilados por el individuo mientras va desarrollándose, forman patrones que son normales y familiares para los miembros del grupo, pero que son desconocidos, incomprensibles y frustrantes para los demás.

Existe una identidad colectiva subjetiva, una auto-imagen colectiva que representa la identidad compartida. Esta auto-imagen se forma en la comunicación privada y pública al desarrollar un consenso entre los miembros del grupo sobre lo que constituye la identidad colectiva. Los cuatro conceptos de identidad hasta ahora mencionados se reproducen en la Tabla 1.

La distinción entre la identidad colectiva subjetiva y constitucional es importante porque nos permite ver que la delimitación de una identidad colectiva es con frecuencia una parte de la identidad subjetiva, pero no de la identidad constitucional. Los elementos de la identidad constitucional son muy variables. No existe una línea divisoria que claramente diferencie entre el grupo y los individuos que comparten el mismo conjunto de elementos de la identidad constitucional puesto que el lenguaje, los valores, las me-

táforas, los patrones conductuales, etc. tienen distribuciones extensas y variables entre los individuos y en el espacio. Sin embargo, en la imaginación de los individuos, la colectividad (por ejemplo, un grupo étnico) tiene una identidad distinta con fronteras claramente perceptibles, a pesar de que es prácticamente imposible definir los criterios, que inequívocamente determinan las personas que pertenecen a la colectividad y las que no pertenecen. Somos al mismo tiempo miembros de colectividades diferentes, cuyas fronteras son efímeras. En función del contexto específico, un individuo puede definir su pertenencia al grupo de diferentes formas. Sin embargo, por razones que mencionaremos más abajo, tenemos necesidad de crear *formas* mentales de identidades colectivas diferenciadas.

Tabla 1
Conceptos de identidad

	<i>Identidad individual</i>	<i>Identidad colectiva</i>
<i>Identidad Constitucional</i>	Personalidad Patrones de reacción Necesidades etc.	sistema de significados comunes patrones de reacción emocional compartidos normas de conducta compartidas patrones de comunicación compartidos valores comunes
<i>Identidad Subjetiva</i>	auto-imagen individual	auto-imagen colectiva

La identidad colectiva subjetiva puede cambiar muy rápidamente, especialmente en los períodos de agitación social y política. La investigación sobre el nacionalismo en las últimas décadas describe la forma en que se han construido nuevas identidades nacionales (Hobsbawm y Ranger, 1984; Andersson, 1983). No obstante, existen límites a la libertad de inventar nuevas auto-imágenes colectivas dado que la identidad colectiva constitucional cambia muy lentamente. Diferentes aspectos de la identidad constitucional pueden cambiar y los límites pueden ser redibujados, pero el núcleo central es resistente al cambio.

Se puede decir que la identidad colectiva constitucional tiene una función *progresiva*, mientras que la identidad colectiva subjetiva tiene una función *defensiva*. La identidad colectiva constitucional posibilita la comunicación, una división social del trabajo, proyectos comunes y un orden social estable. A través de la identidad colectiva constitucional y sus símbolos, el mundo social se hace comprensible, significativo y predecible (Weichhart, 1990). Esta cuestión se tratará más adelante, pero el principal

tema de este trabajo es la identidad colectiva subjetiva. Se defenderá que las funciones defensivas de la identidad colectiva son la clave para comprender la psicología de la territorialidad en los conflictos.

El establecimiento de una identidad diferente

La formación de una identidad individual

La experiencia de ser individuos únicos se desarrolla lentamente durante la infancia y la adolescencia. El recién nacido no posee una imagen mental como ser distinto. El niño vive completamente inmerso en sus propios impulsos y percepciones, sin ser capaz de clasificar lo que pertenece al mundo interno, subjetivo y lo que pertenece al ambiente. Lentamente, descubre las fronteras entre lo interno y lo externo y comienza a sentirse como persona diferente. Este proceso ha sido bien estudiado desde diferentes perspectivas por muchos especialistas, y se han elaborado modelos de las etapas de este proceso⁸. Algunos de estos modelos incluyen un gran número de etapas evolutivas que llegan hasta los niveles de desarrollo personal alcanzados por la mayoría de los adultos de nuestras sociedades⁹.

En las etapas iniciales del desarrollo, el individuo está principalmente centrado en su cuerpo, es decir, identificado con los impulsos y emociones del cuerpo. En una fase posterior, se identifica sobre todo como miembro del grupo y se define a través de papeles y normas, al principio de la familia y de los iguales, más tarde de la sociedad. Un auténtico sentido de individualidad normalmente se desarrolla solamente en la edad adulta (al menos completamente).

Desde el ser arraigado en los reflejos, impulsos y emociones y desde la vida en fusión y simbiosis con la madre, el individuo desarrolla un sistema de identidad claramente delimitado. Este proceso es prolongado y delicado y el individuo oscila continuamente entre la fusión y la separación, la dependencia y la autonomía, la regresión y la madurez. Forma parte de la condición existencial del hombre estar alternativamente atraído por la separación y la fusión. Por un lado deseamos ser individuos soberanos y nos asusta la dependencia y disolución. Por otro, sentimos el vacío y nos aterra estar separados y aislados del contacto. Por eso deseamos conectar y estar unidos a otras personas. Una identidad muy marcada nos lleva al aislamiento y a la soledad, mientras que una fusión demasiado fuerte con otra persona, o con un grupo (por ejemplo, una secta religiosa) nos hace perder autonomía (Riemann, 1982).

El desarrollo de una identidad diferenciada es un proceso frágil, marcado por avances y retrocesos. Cuando un niño ha formado la estructura del yo y está en el camino de formar una identidad subjetiva, existe siempre el

peligro de que el aún inmaduro sistema de identidad se derrumbe. La experiencia infantil está amenazada sobre todo en términos mágicos: tienen miedo de que un monstruo, una bruja o un bandido aparezca repentinamente y les devore en el acto. Cuando su desarrollo cognitivo ya no tolera las concepciones mágicas, el sentimiento de estar amenazado se atribuye a amenazas más realistas del ambiente: guerra, adicción a las drogas, polución, o comunistas.

Una condición esencial para el formación del individuo desde la simbiosis es un ambiente psicológico favorable para el niño. El ambiente debe ofrecer el suficiente apoyo y protección de forma que el niño se atreva a dar los primeros pasos hacia la existencia diferenciada. En otras palabras, debe existir en torno a él lo que se ha llamado un espacio seguro. El psicólogo Anthony Fry (1987) define el «espacio seguro» como:

un espacio del ambiente cuyas cualidades permiten actuar con seguridad a los sistemas. Por tanto, un espacio seguro no es sólo un espacio donde las condiciones son buenas para el sistema, sino que además está libre de amenazas o peligros que pueden interferir eventualmente con la actuación del sistema (p. 33)

Los padres del niño juegan un papel fundamental en proporcionarle este espacio seguro en las primeras fases del desarrollo. Los niños algunas veces no saben manejar sus propios impulsos, satisfacer sus necesidades y no puede adoptar de forma independiente un papel responsable en la sociedad. Por tanto, los padres tienen que proporcionarle una cierta seguridad asumiendo estas funciones. La sensación de tener un *espacio seguro* no sólo es importante durante la infancia, sino que es una condición importante en la madurez psicológica de los adultos. Utilizamos el concepto de *espacio seguro* únicamente como metáfora espacial. Pienso que la necesidad de tener acceso a un *espacio seguro* con frecuencia se traslada a las estrategias territoriales actuales, especialmente en las situaciones de tensión.

Nos centraremos en el desarrollo individual del yo para resaltar dos temas centrales de la motivación humana: 1) la necesidad de establecer una estructura psíquica estable, una identidad propia; 2) la necesidad de controlar el miedo a no ser capaces conseguirlo. Mientras no se logre una identidad estable, el individuo tiene miedo a la desintegración e intenta compensar esta vulnerabilidad buscando fuera estructuras estables y distintas. Estos temas tienen un papel importante en la formación de las pautas de conducta del individuo como un miembro de la sociedad.

La formación de la identidad y motivación en el campo social

Mientras la identidad personal es aún imprecisa y frágil, delimitar una identidad propia es un importante factor de motivación para la persona. La identidad individual puede adquirir mucho del apoyo necesario por medio de la identificación con un grupo que tiene una identidad nítida. La perte-

nencia a una colectividad posibilita que los miembros establezcan una identidad común que es más estable y poderosa que las identidades de los miembros individuales. Cuanto más nítida es la identidad del grupo, más fácil es para el individuo tener acceso a una identidad estable a través de su pertenencia al grupo.

Solamente algunas colectividades, como los estados, tienen un aspecto firmemente territorial. Las colectividades definidas territorialmente ofrecen una ventaja en comparación con otras colectividades, puesto que las fronteras son más tangibles y diferenciables que otros tipos de fronteras¹⁰. Pueden tener un mayor atractivo para las personas caracterizadas por identidades personales consolidadas de forma incompleta. El territorio del estado se puede convertir en el *espacio seguro* de la persona adulta, el ambiente seguro necesario para reducir la amenaza a su frágil identidad. Por eso bastantes personas dan mucha más importancia a las cuestiones de las fronteras e integridad de los territorios de la que se deduce del análisis de los intereses concretos. De acuerdo con esta perspectiva, existen dos dimensiones en una serie de cuestiones políticas como la fuerza de la defensa nacional, la política de inmigración, la cuestión de ceder soberanía nacional a uniones políticas (como la Unión Europea. La primera es la dimensión racional que se basa en intereses y riesgos realistas. La otra dimensión es la carga emocional que estas cuestiones adquieren al evocar la ansiedad de los ciudadanos ante la estabilidad y delimitación de sus identidades. En la medida que la carga emocional de estas cuestiones políticas es fuerte, los argumentos racionales pierden capacidad para influir en los puntos de vista adoptados por los individuos, ya que los argumentos no se dirigen a las cuestiones implícitas que movilizan la lealtad de las personas¹¹.

Las personas que tienen una identidad estable y definida dependen menos de la identidad colectiva subjetiva. Sus motivaciones no están tan dominadas por la necesidad de defender una homogeneidad y soberanía del estado a cualquier precio. Cuanto más estables sean las identidades personales de los ciudadanos, mayor serán las posibilidades de que el debate político se centre en un interés racional más que en las cargas emocionales subconscientes.

Los usos de la colectividad en el establecimiento de la identidad individual

La necesidad de los individuos de fortalecer su identidad y psicológicamente manejar la amenaza de desintegración son fenómenos muy generalizados, al menos en una fase evolutiva determinada. Esto significa que la motivación de los individuos no se limita a la influencia en los procesos políticos, sino que también se extiende a la evolución de las estructuras sociales y culturales. Una sociedad tiene que desarrollar formas que refuercen

la formación de la identidad de sus ciudadanos. Esta función es un aspecto importante de todas las culturas. Al ofrecer indicadores de identidad en forma de símbolos y signos (por ejemplo, patrones conductuales, valores típicos, formas de vestir y rituales), la sociedad proporciona al individuo elementos preparados para construir una imagen de su identidad (Volkan, 1988). Los papeles de una sociedad también proporcionan patrones tipificados para las identidades personales. El individuo sólo tiene que identificarse con un papel específico y asimilar el sistema de expectativas de conducta que la cultura asocia con este papel. Las fronteras frente a grupos externos transmitidas culturalmente suelen jugar un papel importante al resaltar la distintividad de la identidad colectiva. Al señalar los que no pertenecer al grupo, su identidad adquiere un perfil nítido.

Las culturas también pueden desarrollar formas que ayuden a los individuos a controlar psicológicamente sus miedos a la desintegración de las identidades. El enemigo arquetípico y el chivo expiatorio sirven para indicar las fuentes de las amenazas a la integridad de la identidad. La ansiedad difusa sentida por una incipiente, pero aún débil, identidad puede dejar de ser una ansiedad no focalizada y obstrusiva para convertirse en una reacción clara a la existencia de una amenaza externa concreta.

El establecimiento de las identidades colectivas

En los dos últimos apartados, plantearemos las relaciones entre la formación de la identidad individual y la movilización política, y describiremos las formas culturales que apoyan la formación de la identidad individual.

Ambas cuestiones presuponen la existencia de una identidad colectiva completamente desarrollada. Durante los períodos en los que las identidades colectivas subjetivas se están formando, la identidad colectiva sufre los mismos dilemas que se producen en el nivel individual. Mientras que la reciente identidad colectiva formada o redefinida (por ejemplo una identidad nacional o étnica) no está completamente consolidada, estabilizada y reconocida, los miembros de la colectividad estarán muy motivados a resaltar y reforzar la identidad colectiva. Esto se puede manifestar en los sentimientos marcadamente nacionalistas, las demandas de reconocimiento y respeto, y en el fuerte énfasis en los símbolos, rituales, líderes y valores colectivos. En esta situación, la tendencia a resaltar las fronteras y percibir enemigos externos puede servir para consolidar la identidad colectiva. Una identidad colectiva débil, expresada por la ausencia de un reconocimiento externo, puede reforzar la tendencia a ser seducida por todo lo que irradie a un aureola de fuerza y poder, tales como las armas, las manifestaciones masivas, los uniformes y la manifestación de coraje y determinación.

La estabilización de los sistemas de identidad con contradicciones internas

La necesidad de establecer sistemas de identidad no acaba cuando el sistema de identidad ya tiene forma. Un sistema de identidad diferenciado y consolidado también puede estar amenazado por la desintegración. En esta sección, describiremos las amenazas internas a la coherencia de la identidad como elementos incompatibles dentro del sistema de identidad. Esto es uno de los temas centrales de la psicología profunda, lo que significa que existe un gran número de modelos y teorías. Vamos a limitarnos a uno de los conceptos más relevantes en este contexto, es decir al narcisismo. En la siguiente sección, plantearemos las amenazas externas a la coherencia de la identidad, especialmente cuando el mundo vital es conflictivo, caótico y difícil de interpretar.

Conflictos internos

El establecimiento de una identidad personal significa que el individuo ha desarrollado una identidad subjetiva, una auto-imagen. El niño pequeño que aún no ha alcanzado esta etapa se identifica con sus propios impulsos y emociones y vive inmerso en ellos (Kegan, 1982). La formación de una identidad personal significa que el individuo supera el mero plano corporal y se identifica con la auto-imagen recientemente creada. En el mundo vivencial del individuo existe esta auto-imagen; el *yo siento*, el sentido de la existencia se une a la auto-imagen subjetiva. Esto implica que la amenaza a la auto-imagen es una amenaza a la existencia de la persona; no es solamente una muerte biológica, sino también la muerte psicológica, que es precisamente tan aterradora como la primera. En la medida que la persona se identifica con una auto-imagen específica, ésta tiene que ser defendida contra todo lo que amenace su consistencia y funcionalidad.

La psicología profunda mantiene que la psique está formada por una estructura consciente y otra inconsciente¹². Esto es también válido para la auto-imagen. Su parte consciente está formada por un conjunto de definiciones *internas y externas* (inconscientes). Algunos rasgos son admitidos como partes de la auto-imagen consciente, mientras que otras características son excluidas. De cara a mantener una auto-imagen y evitar la disonancia cognitiva, el individuo niega algunos aspectos de su propia psique. Estos elementos son excluidos de la auto-imagen consciente y pasan al inconsciente como aspectos de una auto-imagen inconsciente. Normalmente, el individuo se esfuerza en mantener una auto-imagen positiva, que se vincula a una auto-imagen inconsciente que es principalmente negativa.

La auto-imagen negativa inconsciente se forma cuando el individuo excluye las emociones y los elementos de la propia imagen consciente que son contradictorios con una auto-imagen positiva, coherente, estable y socialmente aceptable. Estas emociones y cogniciones pueden surgir en formas diferentes de la biografía personal y como consecuencia de nuestra condición existencial. De niños todos experimentamos la ansiedad de estar a merced del ambiente cuando estamos hambrientos, tristes, tenemos frío o nos sentimos solos o asustados. Estas experiencias nos producen una imagen de seres dependientes, débiles, indefensos, etc. Como es demasiado espantoso vivir con esa imagen, la expulsamos de la conciencia. No desaparece, simplemente se mantiene en la forma de emociones y cogniciones inconscientes. En las fases posteriores del desarrollo, nuevas experiencias se pueden añadir a esa imagen negativa. Mediante la lógica primitiva del inconsciente, los niños que no reciben el cariño, el calor y el cuidado que necesitan llegan a la conclusión de que hay algo malo en ellos, puesto que sus padres no le dan lo que desean. En estos casos la imagen negativa se llena de sentimientos de inferioridad.

Las dos imágenes incompatibles configuran una estructura psíquica esencialmente inestable. La auto-imagen negativa se manifiesta de diferentes maneras, por ejemplo en forma de dudas sobre el propio valor, sentimientos de culpabilidad, ansiedad o depresión. Una *estrategia* muy corriente para defenderse uno mismo de esta imagen negativa propia es crear una imagen idealizada. El individuo construye una imagen especialmente buena en un ámbito de su vida a partir de algunos elementos positivos de la identidad constitucional. Esta imagen es con frecuencia descrita como fantástica, es decir fuera de lo normal. La imagen idealizada constituye una compensación y una barrera contra la imagen negativa. Puesto que la propia imagen idealizada no es completamente realista, sino unilateral y exagerada, es inestable y falsa. Esta inestabilidad inherente obliga al individuo a gastar una gran cantidad de energía en reforzar y pulir la propia imagen.

En la psicología profunda la estructura psíquica arriba expuesta se denomina narcisismo secundario, o sencillamente *narcisismo* (Kohut, 1971; Kernberg, 1975; Lowen, 1983). La explicación principal de las estructuras de la personalidad narcisista apunta a ciertas experiencias típicas de la biografía del narcisista. Sin embargo, en la psicología existencialista (Becker, 1975) el narcisismo es visto como una consecuencia natural de nuestra condición existencial. Como individuos únicos somos vulnerables, mortales y completamente dependientes del entorno. Desde una perspectiva cósmica, somos muy pequeños, insignificantes y de breve duración. Como no podemos aceptarlo ni comprenderlo, intentamos parecer poderosos, inmortales,

importantes y especiales —en resumen, grandiosos. Desde esta perspectiva, el narcisismo está estrechamente relacionado a la experiencia de ser individuos únicos. Se puede argumentar, por tanto, que no existe una frontera nítida entre el narcisismo patológico y el narcisismo existencial. La tendencia a desarrollar una dinámica narcisista es característica de nuestra condición existencial, pero en algunas personas llega a estar muy acentuada por las experiencias vitales. De aquí en adelante, damos por supuesto que la discusión del narcisismo es relevante para la mayoría de las personas de las sociedades occidentales, no porque todos seamos neuróticos en un sentido patológico, sino porque pocos tienen el coraje de enfrentarse a nuestra condición existencial.

Narcisismo en el campo social

La personalidad narcisista tiene una estructura motivacional característica, que determina pasivamente la forma en que la persona se comporta en la vida social. Dada la inestabilidad inherente de la estructura narcisista, existe una necesidad urgente de desarrollar formas de estabilizar el sistema de identidad. Estas estrategias solamente pueden ser comprendidas adoptando una perspectiva fenomenológica, es decir, centrándose en la experiencia que el individuo tiene del mundo. En la experiencia subjetiva de la persona, la línea divisoria más importante es la del *Yo* (la parte consciente de la psique) y el *no-Yo* (todo lo demás). Desde esta perspectiva subjetiva la realidad personal inconsciente y la realidad externa pertenecen a lo *externo*. En la experiencia subjetiva del individuo, no existen límites definidos entre el mundo personal inconsciente y el mundo externo. Esto significa que cuando los elementos del inconsciente afloran (como sentimientos, cogniciones, imágenes, etc.) son muy fácilmente vividos como algo que procede de la realidad externa. El inconsciente de uno mismo y los objetos y acontecimiento del mundo externo son fácilmente confundidos de forma que los elementos cargados negativamente de la propia psique *contaminan* los objetos del ambiente, que se vive como la fuente de las emociones negativas. Esto es lo que los psicólogos llaman proyección. El individuo puede tener un sentimiento vago de la presencia de elementos negativos y destructivos, que son vividos como extraños (es decir, fuera del ego). Dado que es poco confortable vivir con la ansiedad suscitada por los elementos negativos sin ser capaces de identificar su origen, la persona busca una fuente externa de las emociones negativas. Mediante la proyección se pueden manejar simultáneamente varios problemas. Si un objeto externo (por ejemplo, un enemigo arquetípico, proporcionado fácilmente por la cultura) se puede identificar como la fuente de amenaza, será mucho más fácil para

la persona manejar la situación cognitiva y emocionalmente. Un enemigo externo es concreto y puede ser combatido, mientras que un conflicto interno vago es muy difícil de tratar. Además, la auto-imagen fantástica puede ser fortalecida por la comparación con los *portadores* externos de las auto-imágenes proyectadas: «son ellos, y no yo, los inferiores, los débiles, los dependientes y los destructivos». La constante puesta en duda de la propia imagen, que atormenta al narcisista, se puede evitar comparándose con los demás fuertemente depreciados.

La estructura narcisista comprende dos tendencias estructuralmente inherentes: primero, mantener la imagen propia negativa en la distancia y segundo resaltar la imagen idealizada¹³. El narcisista tiende a buscar chivos expiatorios y enemigos amenazantes en el ambiente. Estos le ayudan a negar su propia imagen negativa y contribuyen así a fortalecer la identidad. La frágil imagen idealizada puede ser reforzada por la identificación con una colectividad (por ejemplo, la propia nación o un movimiento político) que personifica para la persona la fuerza, la permanencia, la superioridad y grandeza. Los miembros de la colectividad pueden conjuntamente crear y fomentar una auto-imagen colectiva de grandeza (Bloom, 1990). Por identificación, la persona puede participar en la fuerza y grandeza de la colectividad, y por este medio ser capaz de ignorar su propia insignificancia.

En gran medida, la inestabilidad de la estructura narcisista es una cuestión de fronteras. La identidad puede ser mantenida y consolidada levantando límites claros e insalvables. Estas fronteras se buscan en el mundo exterior puesto que la persona vive el conflicto interno proyectándolo en el ambiente. Las fronteras en el propio grupo y los otros permiten una idealización de lo *interno* y una depreciación de lo *externo*. La persona se puede sentir liberada por la existencia de una frontera clara que delimita lo interno bueno de lo externo malo. La colectividad puede señalar un enemigo preciso y organizar una defensa impresionante contra él. En el peor de los casos, puede que el grupo incluso pretenda eliminar *el mal*, al intentar destruir el enemigo que es el portador de las proyecciones del grupo. Este ajuste psicosigiénico funciona mucho más fácilmente si el propio territorio es muy homogéneo. Si los mecanismos de proyección se desarrollan a lo largo de líneas étnicas, *la limpieza étnica* puede parecer una estrategia política deseable.

Una conclusión importante de esta exposición es que los chivos expiatorios y los enemigos arquetípicos son necesarios para estabilizar los sistemas de identidad frágiles. Si esto es cierto, el prejuicio y la enemistad no pueden ser eliminados solamente por medio de la información y educación.

El problema de base es encontrar formas de fortalecer las identidades por medios distintos a la enemistad.

Formas culturales de fortalecer los sistemas de identidad narcisista

De la misma forma que las sociedades desarrollan procedimientos para apoyar la consolidación de los sistemas de identidad individual, también existen formas socialmente institucionalizadas que facilitan la formación de estructuras narcisistas. Todas las culturas ofrecen a sus miembros objetos de proyección socialmente aprobados, que sirven de recipientes de los elementos de la propia imagen de carácter negativo, así como depósitos para las concepciones idealizadas y grandiosas. Vamik Volkan (1988) les denomina estímulos adecuados para la exteriorización y describe la forma en que la cultura proporciona tales estímulos a los nuevos miembros de la colectividad a través de los padres. Por ejemplo, un estímulo de ese tipo puede ser un exogrupo que se describe como poco fiable, peligroso y/o inferior, y los símbolos para las cualidades idealizadas del propio grupo pueden ser los líderes, lugares simbólicamente significativos, ceremonias, costumbres, etc. Desde la perspectiva social, este tipo de ajuste psicosocial tiene dos objetivos. Además de ofrecer al individuo formas de consolidar una estructura psíquica libre de conflictos, las formas culturalmente compartidas de estabilización ayudan a evitar que las consecuencias destructivas de la estructura narcisista afecten al sistema interno. Al dirigir las necesidades de los individuos hacia los chivos expiatorios y los enemigos hacia objetos externos, se protegen las relaciones sociales en el grupo de los conflictos destructivos.

Los paisajes simbólicos transmitidos culturalmente juegan un papel central en el ajuste psicosocial de la sociedad. Tienen que existir fronteras nítidas que hagan posible la identificación y la proyección. Estos límites pueden tener un carácter puramente simbólico, sirviéndose de signos como la forma de vestir, la jerga y el estilo. Sin embargo, mientras las fronteras construidas no sean territoriales, sus usos psicosociales serán limitados. Un sentimiento mayor de seguridad en una identificación con una autoimagen colectiva idealizada se logra cuando el individuo se encuentra en un territorio homogéneo del propio grupo. La proyección de elementos negativos de la propia imagen presupone que la realidad no permite corregir las percepciones sesgadas de la parte contraria, una condición previa que es *facilitada* por la separación geográfica del endogrupo y el exogrupo. Para terminar, el tratar el sentimiento de ser amenazado es una parte importante del ajuste psicosocial, estableciendo fronteras geográficas (que excluyen a los enemigos físicamente) más atractivas que las fronteras simplemente simbólicas. Según la perspectiva presentada, la imagen mundial geopolítica

de un grupo está influida fundamentalmente por dos tipos diferentes de factores: primero, por la situación real en el entorno; segundo, por la necesidad condicionada psicológicamente de tener un paisaje político dividido en *territorios propios* y *territorios ajenos*.

Fortalecimiento de las identidades colectivas

Los procesos que hemos presentado son reforzados por la existencia de sistemas dualistas de identidad colectiva. Las auto-imágenes colectivas cumplen una función importante en los objetos de identificación del individuo. Esto supone que existe una necesidad de idealizar la propia imagen colectiva. Las experiencias colectivas que originan elementos negativos en la propia imagen colectiva son, por tanto, amenazantes e indeseables. Por esta razón, las colectividades tienden a desarrollar el mismo tipo de estructura narcisista que los individuos, es decir, una auto-imagen consciente idealizada (acogida por los miembros de la colectividad) y una mayor o menor auto-imagen inconsciente negativa. La última contiene esos elementos como memorias de sucesos denigrantes en la historia de la colectividad, como son las pérdidas de guerras, los intentos fracasados de adquirir una soberanía, y acciones inaceptables moralmente realizadas en nombre de la colectividad (como las masacres y el genocidio). La estructura dualista de la auto-imagen colectiva se hace tan inestable como la auto-imagen de la persona narcisista. A nivel colectivo surge también la necesidad de crear chivos expiatorios y enemigos, y contribuye a la consolidación de relaciones de enemistad.

¿Uso progresista de la territorialidad?

La exposición anterior de las estructuras narcisistas parece implicar que la territorialidad tiene un papel principalmente negativo. Un panorama de territorios cargados positiva y negativamente puede estabilizar y, en consecuencia, consolidar estructuras psicológicas enfermizas. No obstante cabe preguntarse si la territorialidad podría jugar un papel constructivo en los procesos relativos a la transformación la estructura narcisista como tal. El problema básico del narcisismo es la propia imagen negativa y la incapacidad de integrar este aspecto de en el sistema consciente del sí mismo. En una psicoterapia la estructura psíquica del individuo es reforzada, provocando una capacidad mayor para sobrellevar los contenidos amargos de la auto-imagen negativa. Los límites internos rígidos entre lo consciente y lo inconsciente son modificados lentamente hasta llegar a ser permeables, y los contenidos negativos pueden ser integrados en unidades pequeñas que se pueden manejar. Con el tiempo, el individuo puede ser capaz de sobrellevar o borrar la auto-imagen negativa, reduciendo así la necesidad de mantener una imagen excepcional y de proyectar en otros la propia imagen.

Sin embargo, este proceso es delicado y requiere una atmósfera de seguridad y confianza, o un *espacio seguro* en términos de Fry. En el marco teórico de un proceso terapéutico, un ajuste psicoterritorial puede jugar un papel positivo puesto que los territorios actuarían de recipientes de los contenidos positivos y negativos proyectados, hasta que la persona es lo suficientemente fuerte como para integrar estos contenidos en su propio sistema de identidad.

Defensa contra las amenazas externas

Los dos últimos apartados resaltarán la forma en que los dilemas internos, relacionados con la formación y consolidación de los sistemas de identidad, influyen en la conducta individual y colectiva en el campo social (interno → externo). En este apartado veremos la forma en que las crisis sociales que amenazan los sistemas de identidad afectan a la motivación y cognición social de los individuos (externo → interno). Como antes, la territorialidad es interpretada como apoyo latente para los sistemas de identidad vacilantes.

Cuando el mundo vital es tranquilo, fiable y seguro (es decir, se vive como un espacio seguro), es comparativamente más fácil mantener un identidad coherente. En estas condiciones, las personas pueden estar razonablemente seguras de que sus necesidades básicas serán cubiertas. Naturalmente que nuestra condición existencial implica vulnerabilidad y mortalidad, pero estos elementos pueden quedar aparcados en la medida que el mundo vital sea seguro.

El orden del mundo vital

El experimentar el mundo vital como un espacio seguro es una condición previa importante para el desarrollo y la realización personal. Incluso es más fácil manejar los conflictos de forma constructiva si la situación no se percibe como una amenaza inmediata a nuestra propia identidad. Un aspecto central de la experiencia adulta del espacio seguro es la sensación de tener cierto control sobre nuestro propio destino. Este sentimiento de control depende parcialmente de la ausencia de amenazas sutiles a nuestra existencia (seguridad física, confianza en que las necesidades psicológicas serán satisfechas, etc.) y, en parte, de la capacidad de acción creativa y significativa en el mundo vital. El mundo vital tiene que ser experimentado como inteligible y algo predecible, de forma que la persona pueda desarrollar una confianza en su propia capacidad para actuar en las redes sociales por medio de la acción comunicativa (Habermas, 1981). En otras palabras, tiene que existir un sistema de significación compartido basado en el lenguaje, los símbolos, los emblemas, metáforas, gestos corporales, los rôles (es de-

cir, expectativas de conducta generalizada), y así sucesivamente. El sistema de significación compartido nos permite actuar en contextos sociales complejos y dar sentido y metas a la vida. Dentro de este sistema de significación compartido desarrollamos una concepción del mundo, una interpretación del orden básico y principios del cosmos. Esta concepción nos permite orientar la vida, por ejemplo señalando el bien y el mal, y la forma de proceder para evitar el mal y alcanzar la bondad. Como se mencionó anteriormente, la concepción del mundo que tienen las personas es construida principalmente a partir de los componentes proporcionados por la cultura. Por tanto, en gran medida es compartida por la colectividad y juega un papel crucial en asegurar la estabilidad de los sistemas de identidad.

La persona depende absoluta e inevitablemente del sistema social. Todas las sociedades con un nivel razonable de libertad son construidas sobre la base de una confianza mutua entre los ciudadanos. Es extremadamente difícil desarrollar una compleja división del trabajo y una cultura diferenciada si los individuos no tienen confianza en su habilidad para orientarse con éxito en la sociedad. Esta confianza se mantendrá en la medida que sepamos la forma de evitar ser físicamente atacados y de satisfacer nuestras necesidades básicas. Mientras que la confianza perdure, será más fácil mantener los sistemas de identidad que hemos construido.

Dado que somos conscientes de nuestra dependencia personal de la existencia continuada de los sistemas de significación compartidos, estamos muy inclinados a defenderlo si percibimos que son amenazados.

Las amenazas al orden del mundo vital

En contraste con nuestra necesidad de un sistema de significación coherente y fácil de interpretar, no es difícil comprender la ansiedad y resentimiento que suscita, por ejemplo, la inmigración masiva. Una persona puede sentir que el sistema de significación compartido del mundo vital se hace pedazos si repentinamente se encuentra en su mundo vital propio con alguien que habla un idioma que no se comprende, que utiliza un lenguaje corporal que no se entiende y que tiene unos valores que se desconocen. Este mismo tipo de miedo aparece en todos los tipos de desviación del sistema de significación dominante: criminales; subculturas, minorías y otros tipos. Si el sentimiento de espacio seguro es amenazado por la presencia de grupos diferentes, se puede intentar crear un espacio seguro a través de la territorialidad. Una de las formas menos destructivas de hacerlo es la segregación de viviendas (ghettos); el más destructivo es la deportación y exterminio de los grupos diferentes.

Durante las crisis sociales graves, como una guerra civil, la pobreza económica y la criminalidad creciente, se llega a perder el sentimiento de

disponer de un espacio seguro (o no existe en absoluto). Se pierde el control sobre las propias condiciones básicas, lo cual tiene consecuencias para la motivación del individuo:

En condiciones de vida extremadamente difíciles predominan ciertos motivos: protección del bienestar físico personal y familiar y conservación del sí mismo psicológico, incluyendo el autoconcepto y los valores; dar sentido a los problemas de la vida y la desorganización social, y conseguir una nueva comprensión del mundo, entre otros. Normalmente ya en condiciones de vida favorables es difícil cumplir con estas metas. En vez de ello, las personas responden frecuentemente con pensamientos, sentimientos y acciones que no cambian las condiciones reales pero que, al menos, les ayudan a defenderse de sus consecuencias psicológicas. Esto incluye el despreciar a los otros grupos, el crear chivos expiatorios, el unirse a nuevos grupos —todo aquello que permita aumentar la motivación, y disminuir la inhibición, para dañar a otros (Staub, 1989: 4-5).

Staub señala que en las crisis, tan importante como conseguir un mínimo de seguridad material es mantener el anclaje psicológico de uno mismo en la situación. El mundo cognitivo y afectivo de las personas pueden cambiar de forma drástica en situaciones amenazantes. Estos cambios se comprenden mejor si se entienden como resultado de procesos de escalada gradual (Glasl, 1992).

La influencia de la escalada del conflicto en las estructuras del ego

El individuo puede desarrollar mejor las estructuras psicológicas completamente maduras en condiciones favorables como el espacio seguro y un ambiente social reforzante y estimulante. Algunos de los rasgos que caracterizan a la persona madura son la habilidad para adoptar la perspectiva de los otros, la capacidad de mantener imágenes diferenciadas tanto de él mismo como de los demás (es decir, reconocer la existencia simultánea de rasgos, emociones y deseos negativos y positivos), la identificación con valores universales (por ejemplo, que todo ser humano tiene unos derechos básicos, al margen de su pertenencia al grupo), la capacidad de tolerar la incertidumbre y la aceptación de la relatividad de la propia visión del mundo.

En la escalada de conflictos, llega a ser cada vez más difícil mantener estas delicadas habilidades cognitivas (Glasl, 1992). En las primeras fases del proceso de escalada, se vive progresivamente a la otra parte como un obstáculo. Cuando el conflicto se va agravando, se pierde la esperanza de que la parte opuesta se atenga a reclamaciones racionales, y recurra a tácticas engañosas para manipular la situación. Las partes sienten que cada vez tienen menos control sobre las condiciones importantes. El rango de cuestiones implicadas en el conflicto aumenta y cada vez se hace más difícil in-

interpretar y predecir la situación. Como ya no pueden manejar el flujo de información compleja y ambigua, las partes están amenazadas por una saturación cognitiva al mismo tiempo que sufren una fuerte tensión. Uno de los instrumentos más importantes bajo tales condiciones para conservar un sentido de la orientación es la reducción de complejidad. Se pueden reducir los sentimientos de desorientación y vulnerabilidad simplificando la imagen del entorno y sus relaciones causales. La reflexión y valoración consciente retrocede en favor de formas estereotipadas de pensamiento (Spillmann y Spillmann, 1991). Los rasgos que caracterizan a una estructura consciente madura se vuelven ineficaces y cada vez le es más difícil a las partes imaginar la forma en que la parte opuesta vive la situación. En los conflictos, la reducción de la complejidad se realiza por medio de la atribución de las frustraciones vividas a las acciones del contrario al tiempo que se idealizan los motivos y la propia parte. Se responsabiliza a la otra parte de todas las dificultades que se sufren; disminuye drásticamente la capacidad de ver la situación desde una perspectiva global. En las situaciones caóticas la tensión cognitiva impulsa a las partes a intentar conseguir alivio en la interpretación del grupo. Todas las personas que parece que amenazan el funcionamiento uniforme de un sistema de significación compartido (personas con valores, lenguaje e interpretaciones diferentes) son presionadas para que acepten las normas del grupo o se vayan.

Durante la crisis, aparece una fuerte tendencia a reforzar la identificación de grupo. Una fuente de esto es la percepción exacerbada del individuo de su propia vulnerabilidad e impotencia en un mundo vital turbulento y amenazante. En virtud de la mayor identificación con la colectividad, el individuo no es tanto un individuo distinto como una parte de una colectividad. En las situaciones de alta tensión, las personas buscan en la colectividad que pueda ofrecer:

- La fuerza colectiva y la capacidad de defensa serena.
- Una auto-imagen colectiva grandiosa y positiva.
- Una interpretación comprensible y claramente sensible de la situación donde las causas de las dificultades se identifiquen en la forma de un enemigo concreto, y un plan para enfrentarse a las dificultades indicadas, por ejemplo la aniquilación del enemigo.
- Delimitaciones nítidas frente al *grupo externo* a través de indicadores claros de identidad.
- Las semejanzas y diferencias anatómicas son atractivas porque son fiables y fácilmente reconocibles.
- Facilidad de comunicación verbal y no verbal en el grupo, una identidad colectiva constitucional que sea homogénea. Las personas distintas y los disidentes con las propias posiciones serán perseguidas con fuerza.

Una movilización que señale el destino de la colectividad, proporcione cohesión y dirija la fuerza de la colectividad.

Los usos de la territorialidad en la escalada de conflictos

La conducta territorial puede formar parte de las estrategias racionales para conseguir intereses concretos, como la seguridad física y el control de recursos. Este trabajo se centra, sin embargo, en otra fuente de la conducta territorial en los conflictos: la necesidad emocional de mantener el sentimiento de control sobre la situación. La territorialidad motivada racionalmente requiere un análisis realista del ambiente, de los propios intereses y la forma en que éstos se puede defender mejor. Como la necesidad de reducción de la complejidad lleva a sesgos sistemáticos en las interpretaciones sobre la parte contraria, la situación y el papel de la propia parte, la tensión psicológica que afecta a la persona en los conflictos fuertes bloquea la habilidad para analizar la situación de forma racional.

Desde una perspectiva psicológica, la territorialidad puede ser un instrumento para mantener la propia habilidad de orientación y para reducir la sensación de amenaza inmediata. La restauración del espacio seguro perdido es una prioridad importante en las situaciones amenazantes. Esto provoca una fuerte tendencia a crear (a) un territorio homogéneo, (b) situando fuera las amenazas percibidas en (c) el otro lado de la nítida frontera, (d) facilitando una lucha organizada contra el enemigo externo. Los individuos intentan ordenar el ambiente caótico en categorías comprensibles, de cara a lograr, al menos, un orden cognitivo. La pertenencia a un grupo con un territorio claramente delimitado es una de las opciones más atractivas para mantener una imagen ordenada del mundo, capaz de ofrecer orientación y seguridad. De cara a intensificar la congruencia cognitiva del grupo, los líderes, así como miembros corrientes del grupo, tienden a desarrollar una fuerte conformidad en el grupo. Aquellos que no se amoldan a los valores, interpretaciones y estereotipos comunes son amenazadas por el sistema de significación y su uniformidad tranquilizadora. Por tanto deben ser eliminados mediante la marginalidad, la conversión o la exclusión.

Las fronteras geográficas adquieren una fuerte carga simbólica y significado emocional en los conflictos territoriales, puesto que las partes viven el límite geográfico como límites entre el orden y el caos, la seguridad y la amenaza.

Conclusiones

Los usos de los territorios

El principal argumento de este trabajo es que la conducta territorial en los conflictos está originada tanto por la defensa racionalmente motivada de los intereses concretos de los individuos y las colectividades como por una necesidad psicológica de defender los sistemas de identidad individual y colectiva. Mientras la racionalidad de intereses-relacionados ha sido anali-

zada ampliamente en distintas ciencias sociales, la motivación psicológica de la territorialidad ha recibido poca atención en los estudios empíricos de caso¹⁴. En mi opinión, los análisis empíricos de la territorialidad en los conflictos sociales se debe fundamentar en un estudio multidimensional de los usos de las estrategias territoriales. Resaltar la perspectiva racional o bien la perspectiva psicológica probablemente lleve en la mayoría de los casos a una explicación deficiente. En la tabla 2 se ha realizado un esfuerzo para diferenciar los diversos usos de la territorialidad en los conflictos sobre la base de las necesidades humanas fundamentales. Simplificando, podemos diferenciar cuatro niveles.

TABLA 2. LOS USOS DE LOS TERRITORIOS

<i>Necesidades básicas</i>	<i>Necesidades Derivadas</i>	<i>Miedos</i>	<i>USOS DE TERRITORIOS</i>		<i>USOS DE LAS FRONTERAS</i>
			<i>Defensa de</i>	<i>Defensa contra</i>	
Necesidades materiales Seguridad física	Orden, control, integración en la división del trabajo	Caos, dolor, muerte Hambre, sed, lesiones	Recursos limitados, riqueza Espacio seguro, orden social Sistema económico. Cohesión	Rivales Perturbación Muerte, dolor	Permitir control de rivales Sistema cohesivo delimitador Instituir reducción conflicto
Placer sensual	Orden social, inteligibilidad	Privación, dolor, hastío	Recursos limitados, riqueza Orden social, División social del trabajo	Caos, rivales	Permitir control de rivales Sistema cohesivo delimitador Instituir reducción conflicto
Mantener el <i>yo-siento</i>	Identidad, control Integridad, auto-imagen positiva	Desintegración, dolor, muerte	Identidad, estabilidad, Espacio seguro	Caos, amenazas, disolución Impulsos tífonicos	Definir interno y externo. Dividir orden y caos Permitir proyección exogrupo
Propiedades	Relaciones en el grupo	Aislamiento	Identidad colectiva. Espacio seguro	Caos, destrucción Aislamiento, peligro	Crear sistema reducción del conflicto
Auto-estima	Conocimiento	Pérdida de auto-estima, vergüenza, culpabilidad	Auto-imagen colectiva.	Auto-imagen negativa	Permitir proyección al exogrupo
Significado	Integración en la cultura	Depresión	Cultura, orden significativo Juegos de lenguaje/racionalidad comunicat	Caos	Delimitar sistema cultural de significación
Auto-expresión	Inteligibilidad	Restricciones, necesidad	Juegos de lenguaje/racionalidad comunicat. Acción serena, inteligible	Caos	Delimitar sistemas de significación

En el nivel físico, la territorialidad sirve como una estrategia de garantizar la seguridad personal.

En el nivel económico, la territorialidad sirve como una forma de delimitar sistemas económicos coherentes, capaces de proporcionar bienes materiales y servicios.

En el nivel social, los territorios son unidades de reproducción del sistema de significación compartido, una condición previa clave para la satisfacción de una serie de necesidades.

En el nivel psicológico, los territorios sirven de mecanismos de estabilización de la identidad.

El núcleo de la perspectiva psicológica se puede resumir en los siguientes enunciados simplificados:

Todas las personas necesitan una identidad coherente.

La identidad es un sistema frágil que se forma y consolida a través de un proceso gradual.

La fragilidad de la identidad es vivida como vulnerabilidad y como un sentimiento difuso de amenaza.

La cultura y la sociedad han desarrollado estructuras y mecanismos con la finalidad de apoyar la formación individual de las identidades. Por ejemplo: a) rôles que proporcionan identidades estereotipadas e institucionalizadas socialmente; b) indicadores de identidad y objetos de identificación, que permiten al individuo tener una identidad fuerte y estable a través de la identificación con un grupo y c) chivos expiatorios transmitidos socialmente y enemigos comunes, que pueden ser utilizados por los individuos como *blancos* de proyección de las amenazas percibidas.

La territorialidad apoya los sistemas de identidad: a) contribuyendo a la definición de una identidad específica (colectiva); b) ofreciendo fronteras claras que facilitan la proyección de elementos psíquicos que no pueden ser integrados y c) contribuyendo al sentimiento de disponer de un espacio seguro.

Una consecuencia de este marco psicológico es la hipótesis de que existe una relación complementaria entre la estructura interna (psíquica) y la externa (social). Un individuo con una estructura psíquica estable, diferenciada y bien integrada es menos dependiente de la identificación y confianza en estructuras externas, como los rôles estereotipados, la pertenencia a colectividades, o territorios cargados emocionalmente. En contraposición, el individuo con una identidad poco clara depende más del apoyo de tales estructuras externas, y está, por tanto, más fuertemente motivado a reforzar y defenderlas. Además, el marco postula que la motivación para la conducta territorial es intensificada durante los períodos de crisis social cuando la

identidad y el sentimiento de un espacio seguro están siendo amenazados. En consecuencia, y desde esta perspectiva, la tendencia a la conducta territorial está relacionada con dos variables: la estabilidad de los sistemas de identidad y el grado de seguridad o amenaza percibida en el mundo vital.

El marco teórico postula también algunos rasgos que hacen que un territorio específico sea adecuado desde la perspectiva de los usos psicológicos antes mencionados. Para actuar como estabilizador de la identidad, un territorio debe:

- Tener fronteras claras y reconocidas;
- Ofrecer un nivel satisfactorio de control sobre la permeabilidad de las fronteras;
- Ofrecer un buen sistema de significación compartido y un sistema de interpretación colectivo. El primero garantiza la comunicación uniforme, mientras que el segundo ofrece un procedimiento para la interpretación rápida y fácil de las situaciones y sucesos del entorno. Los territorios culturalmente homogéneos pueden ser más atractivos en este sentido;
- Ofrecer una totalidad clara y coherente, con una identidad geográfica estable. Esto puede incluir continuidad histórica y legitimidad consolidada a los ojos del entorno;
- Ofrecer un alto nivel de congruencia entre la identidad colectiva constitucional y la identidad colectiva subjetiva, y la formación geográfica institucionalizada (por ejemplo, un estado).

Estos criterios pueden cambiar con el tiempo. Por ejemplo, un territorio que en el pasado tuvo sus funciones psicológicas, puede perder los rasgos que formaron la bases de su conveniencia a este respecto. Yugoslavia es un ejemplo actual de esto, puesto que la formación geopolítica de Yugoslavia perdió su legitimidad como un territorio cuando el conflicto Este-Oeste desapareció. Los ciudadanos fueron entonces obligados a desarrollar nuevas identidades colectivas que se fundamentan en gran medida en criterios étnicos. Estos son vividos como una base distinta y permanente para la creación de las identidades colectivas. Como los estados redefinidos no ofrecieron un nivel de homogeneidad satisfactorio, y no llenaron las necesidades psicológicas, una serie de actores intentaron crear territorios homogéneos a través de la migración forzada y el genocidio.

La territorialidad benigna y maligna

La territorialidad tiene una función compleja en los procesos psicológicos. Por un lado, es una de las estructuras externas que apoyan la formación de la identidad, y puede así jugar un papel importante en el desarrollo. Por otro lado, puede ser utilizada para estabilizar estructuras psicológicas que impiden el desarrollo psicológico posterior. Esto significa que el papel de la

territorialidad tanto en la escalada del conflicto como en los procesos no se puede determinar a priori. De cara a facilitar el análisis de la territorialidad en los conflictos, puede ser útil definir por separado la territorialidad benigna y la territorialidad maligna.

La territorialidad benigna es el uso de los territorios y las fronteras para mantener un sentimiento de acceso a un espacio seguro y una identidad específica, sin crear fronteras impermeables que restrinjan al mínimo la comunicación con otros grupos (lo cual facilita el desarrollo de estereotipos y la proyección). Esta definición tiene un equivalente directo en la asesoría matrimonial, donde las buenas relaciones se entiende que se caracterizan por identidades personales distintas, delimitadas por fronteras claras, pero permeables (Willi, 1975). La territorialidad benigna es una precondición favorable para la madurez psicológica, por ejemplo, al ofrecer un ambiente seguro para el desarrollo de la capacidad de asumir los roles y perspectivas de otras personas. Esto indica que la territorialidad benigna es también una condición favorable para los procesos de resolución de conflictos.

La territorialidad maligna es la creación de territorios homogéneos con fronteras impermeables y rígidas que permite la disociación y la proyección. En consecuencia, refuerza el desarrollo de auto-imágenes e imágenes negativas y falsas de los enemigos. Fortalece la escalada del conflicto al reducir la comunicación entre las partes opuestas. Esto reduce la posibilidad de desarrollar una imagen diferenciada de las relaciones causales y de conocer la perspectiva de la parte contraria. Expresiones concretas de territorialidad maligna son las limpiezas étnicas, la creación de fronteras rígidas y excesivamente controladas, y el desarrollo de imágenes estereotipadas del enemigo asociadas a *territorios externos*. La territorialidad maligna es un obstáculo directo en la resolución de conflictos.

Entre los polos de la territorialidad benigna y maligna existe una forma de territorialidad que principalmente mantiene el status quo. Esta es la relación clásica de enemigos arquetípicos, donde las formas de enemistad están tan fuertemente ritualizadas que la agresión es canalizada hacia formas no letales. La formación de un *territorio interno* y un *territorio externo* permite la estabilización de la propia identidad por la proyección externa y la grandiosidad interna. La guerra fría de EEUU y la Unión Soviética es un ejemplo de este tipo de territorialidad. Además la escalada del conflicto y el desarrollo de unas estructuras psíquicas más maduras e integradas son bloqueadas.

Desde la perspectiva de la tercera parte, el proceso de resolución de conflictos es un frágil equilibrio entre múltiples fuentes de fracaso. El co-

nocimiento del papel de la territorialidad en el apoyo de identidades amenazadas puede contribuir potencialmente a desarrollar estrategias para crear precondiciones favorables en los esfuerzos de resolución de conflictos. Si las partes en conflicto tienen siquiera acceso a lo que es vivido como espacios seguros, que garanticen la continuidad de sus identidades, será mucho más fácil desarrollar una perspectiva de la parte contraria que si no existe un espacio seguro. Las agrupaciones territoriales creativas que aseguren al menos espacios seguros provisionales podrían jugar un papel clave en las fases críticas del proceso de resolución de conflictos. Dichas agrupaciones deberían ser vistas como un proceso dinámico relacionado con las cuestiones de identidad, es decir, la forma y función de las agrupaciones territoriales tendrían que cambiar de acuerdo a la fase de desactivación y en función de la situación psicológica de las partes del conflicto.

Sugerencias para la investigación futura

En este trabajo he trazado un marco psicológico para el análisis e interpretación del papel de la territorialidad en los conflictos sociales. El marco presentado tiene fundamentalmente un carácter heurístico, es decir, su objetivo es contribuir a estos temas de investigación y proporcionar un punto de referencia para interpretaciones más detalladas de casos concretos. No creo que sea legítimo decir que se ha encontrado la *verdad* sobre la motivación humana en los conflictos territoriales. Sin embargo, un modelo heurístico puede ser un punto de partida valioso para formular e investigar temas concretos de investigación. A modo de conclusión, quisiera formular algunas cuestiones para la investigación futura, basada en la interpretación psicológica de la territorialidad en los conflictos:

La fenomenología de la territorialidad en los conflictos. Teniendo en cuenta el rango de estudios empíricos sobre la conducta territorial humana, sería de gran utilidad una lista amplia de temas y estrategias territoriales en el discurso de las partes del conflicto. Son necesarios estudios de caso minuciosos (por ejemplo, guerras civiles), con una atención especial a las estrategias territoriales de las partes implicadas, para disponer de una base empírica sólida en los análisis de las relaciones causales. Las investigaciones tendrían diferentes niveles de análisis, desde el nivel individual y doméstico a los movimientos políticos y estatal.

La identidades nacionales en crisis y la territorialidad maligna. Un amplio estudio comparativo de las relaciones entre identidades colectivas en crisis proporcionaría algunas bases para probar de forma empírica el marco teórico descrito. Un conjunto de estudios de caso sobre conflictos caracterizados por la territorialidad maligna podrían ser reunidos y analiza-

dos, centrándose en el papel jugado por las identidades colectivas. Una amplia documentación de sucesos del proceso de conflicto, con especial atención al papel de los símbolos colectivos formaría el núcleo de dichos estudios de caso. Quizás los casos más interesantes son aquellos en los que las identidades colectivas que fueron estables durante un amplio periodo perdieron rápidamente su legitimidad (Yugoslavia, Unión Soviética, República Democrática Alemana).

Los ajustes psicoterritoriales de las sociedades en paz. El enfoque psicológico puede formular una serie de hipótesis comprobables sobre las relaciones entre identidad y la territorialidad en sociedades pacíficas. Las sociedades pacíficas no tienen territorialidad maligna debido a: (i) la identidad colectiva es estable, clara y reconocida por el entorno; y/o (ii) existe un buen ajuste psicoterritorial de carácter conservador, es decir, unas relaciones de enemistad ritualizadas que permite la proyección y la grandiosidad de forma no destructiva; y/o (iii) los ciudadanos tienen un alto nivel medio de madurez psicológica y, en consecuencia, tienen poca necesidad de utilizar la territorialidad para estabilizar sus identidades¹⁵. Los estudios de caso pondrían de manifiesto rápidamente si las hipótesis son o no relevantes.

Las estrategias para crear un espacio seguro en sociedades marcadas por la violencia externa y la inseguridad. La gente que vive en regiones plagadas de conflictos intensos (como guerras civiles) pueden desarrollar estrategias de cara a crear espacios seguros. Ejemplos de espacio seguro a escala pequeña, o islas de paz, podrían actuar como semilla para propagar gradualmente la paz a áreas más amplias en los países azotados por la guerra. ¿Cómo se pueden formar dichos espacios seguros? Estudios de caso apropiados serían Bosnia, Caucasia, Mozambique, Irlanda del Norte y Somalia. Las investigaciones sobre esta cuestión requieren la posibilidad de realizar entrevistas de campo.

Los estudios de caso del papel de la territorialidad en el éxito de la resolución de conflictos. Este estudio consistiría de un análisis sobre el papel de la territorialidad a nivel del mundo vital en casos donde conflictos difíciles parecen haber conseguido una solución estable. Para poder captar la perspectiva de los individuos, esta investigación debería ser un estudio de campo por medio de entrevistas (u observación participante). Un objetivo principal sería identificar patrones válidos para las futuras estrategias de resolución de conflictos.

Notas

1. La búsqueda de la palabra-clave *territorialidad* en la base de datos Psyclit dio como resultado unos cientos de referencias de estudios de la territorialidad en animales, pero solamente un puñado sobre la territorialidad humana.
2. Nos hemos tomado la libertad de describir un marco teórico sin mencionar todas las reservas que se le podrían hacer. Es una decisión de estilo, no de actitud.
3. Los tres autores mencionados resumen las formulaciones de la amplia literatura en las dos orientaciones: en la psicología psicoanalítica, por ejemplo Erikson, 1980; Kohut, 1971; Mahler et al., 1975; Kernberg 1975, Blanck and Blanck, 1974; en la psicología del desarrollo cognitivo Piaget, 1932; Kohlberg, 1969, 1971, 1976; Selman, 1980. También Jürgen Habermas (1976; 1983) ha realizado contribuciones importantes a esta perspectiva. Sin embargo, Habermas resalta los aspectos cognitivos y presta poca atención a los aspectos psicoanalíticos.
4. De hecho esto no excluye la posibilidad de utilizar el concepto de forma diferente en otros contextos, como en la ciencia política o en un enfoque etológico.
5. Algunos especialistas han desarrollado concepciones teóricas diferentes para la relación entre la psicología individual y el desarrollo colectivo. Ver, por ejemplo, Habermas, 1976; Eder, 1980; Bloom, 1990; Volkan, 1979, 1988; Staub, 1989; Mansfield, 1982; Mentzos, 1993; DeMause, 1982; Stein, 1980.
6. Partiendo de la aproximación piagetiana, Ken Wilber ha integrado un amplio número de modelos teóricos tanto de la psicología del Oeste como del Este. El marco teórico presentado aquí no hace justicia a la teoría comprensiva de Wilber.
7. Desde luego existen algunas excepciones. Nuestra propia conciencia desaparece de distintas formas durante el sueño, las experiencias sexuales intensas y en lo que Abraham Maslow denominó *picos de experiencias*. Sin embargo, en estos casos, se supone que la desaparición de la conciencia es transitoria.
8. Ver, por ejemplo: Piaget, 1932; Erikson, 1980; Neumann, 1969, 1990; Kohlberg, 1969, 1971, 1976; Blanck y Blanck, 1974; Kohut, 1971; Mahler et al., 1975; Kernberg 1975, Selman, 1980.
9. Wilber, 1980; Loevinger; 1976; Kegan, 1982; Washburn, 1994.
10. Naturalmente lo importante aquí no es tanto la frontera real, como la idea de la existencia de unos límites territoriales. La mayoría de las personas tiene nociones muy vagas de los límites reales de sus estados.
11. Esto también implica que los líderes políticos puede ser capaces de movilizar las ansiedades de los ciudadanos dentro de un movimiento político fuerte, utilizando una retórica adecuada (Bloom, 1990).
12. Se puede encontrar una excelente descripción del inconsciente en Wilber, 1980, en capítulo 11.
13. Volkan (1988) llega a una conclusión parecida, pero sin referirse directamente a la teoría del narcisismo. Su perspectiva es la teoría de las relaciones de objeto, que resalta las dificultades del individuo para integrar cognitivamente las experiencias positivas y negativas.
14. No obstante, ver Volkan, 1979; Shalit; 1987; Schnell, 1993.
15. Los métodos para medir el nivel de madurez psicológica han sido desarrollados, entre otros, por Kohlberg et al. (ver Colby, et al., 1983), Loevinger et al. (ver Loevinger and Wessler, 1970), y Kegan et al. (ver Lahey et al., sin fecha).

Referencias

- Andersson, B. (1983): *Imagined Communities*. London: Verso.
- Bailey, K.G. (1987): *Human paleopsychology: Applications to aggression and pathological processes*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Ass.
- Becker, E. (1975): *Escape from Evil*. New York: The Free Press.
- Blanck, G.-R. (1974): *Ego psychology: Theory and practice*. New York: Columbia University Press.
- Bloom, W. (1990): *Personal identity, national identity and international relations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Colby, A.-L., Kohlberg, J., Gibbs, M., Lieberman (1983): *The measurement of moral judgment. A manual and its results*. New York: Cambridge University Press.
- deMause, L. (1982): *Foundations of psychohistory*. New York: Creative Roots.
- Eder, K. (1980): *Die Entstehung staatlich organisierter Gesellschaften. Ein Beitrag zu einer Theorie sozialer Evolution*. Frankfurt . M.: Suhrkamp.
- Erikson, E.H. (1980): *Identity and the Life Cycle*, New York: W. W. Norton & Co. First published in 1959.
- Fry, A. (1987): *Safe space. How to survive in a threatening world*. London: J. M. Dent & Sons.
- Glasl, F. (1992): *Konfliktmanagement. Ein Handbuch für Führungskräfte und Berater, 3. Auflage*. Bern: Paul Haupt Verlag.
- Habermas, J. (1976): *Zur Rekonstruktion des Historischen Materialismus*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Habermas, J. (1981): *Theorie des kommunikativen Handelns. Band 1 & 2*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Habermas, J. (1983): *Moralbewußtsein und kommunikatives Handeln*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Hobsbawm, E.-T., Ranger (eds) (1983): *The invention of traditions*. Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- Kegan, R. (1982): *The evolving self. Problem and process in Human Development*. Cambridge (Mass.) and London: Harvard University Press.
- Kegan, R. (1994): *In over our heads. The mental demands of modern life*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Kernberg, O. (1975): *Borderline conditions and pathological narcissism*, New York: Jason Aronson.
- Kohlberg, L. (1969): Stage and sequence: The cognitive-developmental approach to socialization. En D.A. Goslin (ed.): *Handbook of socialization theory and research*, Chicago: Rand McNally and Company.
- Kohlberg, L. (1971): From is to ought: How to commit the naturalistic fallacy and get away with it in the study of moral development. En T. Mischel (ed.): *Cognitive Development and Epistemology*. New York and London: Academic Press.
- Kohlberg, L. (1976): Moral stages and Moralization. The Cognitive-Developmental Approach. En T. Lickona (ed.): *Moral Development and Behavior. Theory, Research, and Social Issues*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Kohut, H. (1971): *The analysis of the self: A systematic approach to the psychoanalytic treatment of narcissistic personality disorders*. New York: International Universities Press.
- Lahey, L.-E., Souvaine, R., Kegan, R., Goodman, S., Felix (sin fecha): *A guide to the subject-object interview: its administration and analysis*. Cambridge: Subject-Object Research Group.

- Loevinger, J. (1976): *Ego Development*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Loevinger, J.-R. Wessler (1970): *Measuring ego development, vol I: Construction and use of a sentence completion test*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Lowen, A. (1983): *Narcissism - Denial of the true self*. New York: MacMillan.
- Mahler, M.-Pine, F.-Bergmann, A. (1975): *The psychological birth of the human infant*, New York: Basic Books.
- Malmberg, T. (1980): *Human territoriality*. Survey of behavioural territories in man with preliminary analysis and discussion of meaning, The Hague: Mouton Publishers.
- Mansfield, S. (1982): *The gestalts of war: An inquiry into its origins and meanings as a social institution*. New York: Dial Press.
- Mentzos, S. (1993): *Der Krieg und seine psychosozialen Funktionen*. Frankfurt a. M.: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Neumann, E. (1969): *Depth psychology and a new ethic*. London: Hodder & Stoughton. First published in 1949.
- Neumann, E. (1990): *The Child*, Boston: Shambala Publications. Primera edición, 1963.
- Piaget, J. (1932): *The moral judgment of the child*. New York: Free Press.
- Riemann, F. (1982): *Grundformen der Angst. Eine Tiefenpsychologische Studie*, München: Ernst Reinhardt Verlag. Primera edición, 1961.
- Sack, R.D. (1986): *Human territoriality: its theory and history*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schnell, I. (1993): Israeli Palestinian Territorial Perceptions. *Environment and Behavior*, Vol. 25, No 4, p. 419-456.
- Selman, R.L. (1980): *The growth of interpersonal understanding: developmental and clinical analyses*. New York: Academic Press.
- Shalit, E. (1987): Within border and without - The interaction between geopolitical and personal boundaries in Israel, *Political Psychology*, Vol 8, No 3, p. 365-378.
- Spillmann, K.R.-Spillmann, K. (1991): On enemy images and conflict escalation, *International Social Science Journal*, Vol 127, p. 57-76.
- Staub, E. (1989): *The roots of evil: The origins of genocide and other group violence*. New York: Cambridge University Press.
- Stein, H.F. (1980): Culture and ethnicity as group-fantasies: A psychohistoric paradigm of group identity. *Journal of Psychohistory*, Vol 8:1, p. 21-51.
- Taylor, P.J. (1989): *Political Geography. World-economy, nation-state and locality*, (Segunda edición). Burnt Mill: Longman Scientific & Technical.
- Volkan, V.D. (1979): *Cyprus: War and adaptation - a psychoanalytic history of two ethnic groups in conflict*. Charlottesville: University of Virginia Press.
- Volkan, V.D. (1988): *The need to have enemies and allies: From clinical practice to international relationships*. Dunmore, Pa: Jason Aronson.
- Washburn, M. (1994): *Transpersonal psychology in psychoanalytic perspective*, Albany: State University of New York Press.
- Weichhart, P. (1990): Raumbezogene Identität. Bausteine zu einer Theorie räumlich-sozialer Kognition und Identifikation, Erdkundliches Wissen, Schriftenreihe für Forschung und Praxis, Heft 102, Stuttgart: Franz Steiner Verlag.
- Wilber, K. (1979): *No boundary*. Boston: Shambala Publications.
- Wilber, K. (1980): *The Atman project*. Wheaton: The Theosophical Publishing House.
- Wilber, K. (1981): *Up from Eden*. Boston: Shambala Publications.
- Wilber, K. (1991): *Grace and Grit*. Boston & London: Shambala Publications.
- Wilber, K. (1995): *Sex, Ecology, Spirituality. The Spirit of Evolution*. Boston & London: Shambala Publications.

Wilber, K.-Engler, J.-Brown, D.P. (1986): *Transformations of consciousness*. Boston: Shambala Publications.

Willi, J. (1975): *Die Zweierbeziehung. Spannungsursachen, Störungsmuster, Klärungsprozesse, Lösungsmodelle*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt.

Thomas Jordan es Doctor de Economía (Geografía Económica) y profesor asociado. Departamento de Geografía Humana y Económica, de la School of Economics and Commercial Law (Universidad de Gothenburg). Sus investigaciones se centran en el análisis de los conflictos desde la perspectiva de la psicología evolutiva y su implicación para los procesos políticos. Autor de *Recent German research on place attachments and regional identities*.

Dirección: Thomas Jordan. Floraweg 48, D-429 29 Wermelskirchen, Alemania